

La cultura del sacerdote

[¿Y LA DE LOS MAESTROS?]

Lorenzo Milani

“Motivo de preocupación, ante la miseria intelectual de los pobres es el camino tan distinto emprendido por el cura. Los programas escolares de los seminarios introducen decididamente al cura en la categoría de los intelectuales.

Está claro que también en el futuro los seminarios no harán más que elevar su nivel cultural en una peligrosísima y pueril competencia con el nivel del farmacéutico y del médico. Es decir, que corremos ciegamente por una vía que se aleja cada vez más de aquella por la que se arrastra nuestro pueblo. Haciendo la competencia a sus enemigos, pero en su mismo terreno, en su mismo mundo, con su mismo vocabulario y con sus libros (¡hasta con sus mismos libros de historia!).

Con esto no queremos decir que sea el exceso de cultura lo que daña al cura en su apostolado con los pobres. Todo lo contrario. Si acaso, el tipo de cultura. Los seminarios no tienen ni libros, ni programas, ni dirección cultural propia. Siguen los del mundo. Pero los libros, programas y dirección cultural del mundo son expresión de una única clase social y no, ciertamente, la de los pobres. Reflejan sus ideologías, exigencias, ambiente, clasismo y a veces hasta sus intereses [...]

Un ejemplo cualquiera

Tómese al azar una antología escolar y cuéntese el número de veces que aparece en ella la figura del camarero, la doncella, el sirviente, etc. Anotemos después el tono con que se mencionan.

Puede que haya excepciones, pero probablemente, en conjunto, la antología nos ambientará con autores cuyo conocimiento de las personas de servicio es resultado de haber sido servidos, no de haber servido. Esto a veces se muestra de una forma brutal: todas aquellas ocasiones en que el sirviente es actor del drama de la vida sólo por el servicio que presta a los verdaderos actores y no porque él mismo sea una Persona viva; más aún, me atrevería a decir que más importante que aquellos a quienes sirve y no saben vivir sin su servicio. Casi parece un objeto más de los enseres de la casa del autor y de sus conocidos; tan común y necesario, que el autor

no se para siquiera a curiosearle algún secreto profundo.

Se dirá que esto es inevitable por la incapacidad material de dichas personas para convertirse en autores de libros. Hoy en día quien sabe escribir un libro pertenece, por fuerza de las cosas, a la categoría del privilegio y no es culpa suya si los pobres no saben escribir. Justo, esto es lo que yo quería decir: en las escuelas no nos dan más que los productos de una sola clase. Pero si no hay otro remedio, que se molesten al menos en poner (en nota) una mosca detrás de la oreja del joven lector: ¿cómo es que hay mujeres que siempre tienen necesidad de ser servidas, y otras que siempre tienen necesidad de servir y de estar fuera de su casa? ¿Y esto es bonito? O por lo menos: ¿Lo es siempre?”

Experiencias Pastorales (BAC, Madrid 2004)
pp. 139-141 ■

